

### El rostro del lector

"No he visto casi nada en mi vida, soy de aquí y aquí he vivido". Estos pensamientos llenaban mi mente mientras la ventana del viejo Ford Focus se teñía naranja del reflejo seguntino. Toda Sigüenza relucía naranja con la luz del ocaso desde la carretera de Soria. La figura del castillo se alzaba dominando la ciudad, las imponentes torres de la Catedral mezcladas entre el barullo urbano, la cúpula cuadrada del seminario, la torre de San Vicente, ya en penumbra, y la cúpula de las Ursulinas en la lejanía.

Es como una postal -me dije-... bonita, sí, pero solo una postal. Podría estar colocada en la estrecha y oscura papelería del Ángel, entre la postal de la fachada de la Catedral y la típica del Doncel. El Doncel... caballero armado de conocimiento -pensé mientras sonreía- no es mal título para un libro... otro de esos libros que pasan años en el Ángel, escondidos entre las figurillas medievales y los paquetes de cromos hasta que un turista curioso los saca de su prisión. No, yo no haría ese libro -afirmé-. Sin embargo, la duda me entró al recordar a mi tío... mi tío y sus misterios.

Él era, en una palabra, raro. No vivía en Sigüenza pero le encantaba venir a visitarnos y amaba los misterios. Veía misterios por todos lados y vivía por y para contarlos. En ese aspecto, no se puede decir que en Sigüenza tuviese mucho de lo que hablar; aun así y para sorpresa de muchos seguntinos, él consiguió encontrar su misterio. Muchas veces me lo contó, siguiendo siempre un mismo esquema, como si de tanto repetirlo lo hubiese memorizado.

Empezaba así: "Te voy a contar una historia que pocos conocen y muchos querrían conocer", y continuaba: "corría el año 1491, era una mañana nublada y las campanas de la Catedral replicaban, una pequeña comitiva subía hacia la Catedral acompañada de cerca por escasos curiosos. Era una procesión

fúnebre en cuyo centro se encontraba el difunto, tendido sobre una tabla de abeto, en armadura militar, con el rostro pálido y puro como si la muerte le hubiera alcanzado por sorpresa... era Martín Vázquez de Arce, el Doncel. A su lado, caminaban cabizbajos sus padres y hermanos como si no encontrasen justicia en las acciones del destino. Los acompañaba Pedro González de Mendoza, más conocido como el Cardenal Mendoza, que pretendía officiar la ceremonia de sepultura", en ese momento, mi tío se acercaba a mí y medio en palabras, medio en susurros, proseguía: "La Catedral había abierto sus puertas para recibir al guerrero caído, la comitiva las atravesó haciendo resonar sus pasos en la fría piedra catedralicia. Tras la obligada reverencia ante Nuestra Señora la Mayor, se dirigieron hacia el ala sur, más concretamente hacia una pequeña capilla lateral. El cuerpo del difunto fue posado en el suelo con cuidado y cargado por sus hermanos para colocarlo en su sepultura. La capilla estaba tenuemente iluminada por la luz azulada que se colaba por un pequeño ventanuco situado en el lado opuesto a la tumba, el tiempo parecía detenerse mientras el cuerpo sin vida del lector entre caballeros era depositado en el interior de la tumba. El Cardenal entonaba una oración fúnebre. La cara del Doncel asomaba bañada en luz aumentando su palidez hasta el nivel de un ángel, un ángel caído. La escultura funeraria que hacía de tapa se cerró, empezando así la leyenda póstuma del Doncel. Lentamente y entre llantos, los miembros de aquel improvisado entierro fueron abandonando la sala hasta que la puerta se cerró, congelando para siempre el lugar", aquí mi tío volvía a su tono vivaracho de voz explicando: "Curiosamente, es la estatua funeraria lo que ha acabado inmortalizando al Doncel. Pues, aunque ya no se oigan las lágrimas caer sobre la piedra o los cantos ser entonados y hayan sido

sustituidos por el sonido de flashes y las monótonas explicaciones de guías, el Doncel sigue ahí y, 524 años después, ya no solo representa a un caballero, sino que se ha convertido en el máximo exponente del gótico escultórico español y en el símbolo de toda una pequeña ciudad", aquí, mi tío decidió que toda la intriga que me había creado no era suficiente y continuó de la siguiente manera: "Así, Sigüenza parece vivir por y para el Doncel pues allá donde mires en la pequeña ciudad alcarreña se pueden ver copias de la estatua, es más, ¡hasta un postre ha adoptado el nombre del caballero medieval! Sin embargo, uno entre los donceles seguntinos mantiene una inédita característica: el Doncel de la Estación no tiene rostro". Y siguió creativamente:

"Apartado y silencioso,

espera erguido en la pared,

unos vienen, otros van,

pero nadie se fija en él.

Perdida tiene la vista,

Perdida vive en el ayer.

Callado espera su suerte,

Alberti ahora habla por él.

Sueña entre largos suspiros,

Vive olvidando lo que fue.

Viajero, tú que lo observas,

Cuenta su historia por él."

Y tú, como me decía mi tío, "mírale a los ojos, aunque su cara se pierda con tu despertar, pues solo de tu creatividad puede vivir él...sueña y construye su leyenda."